

1 de noviembre

TODOS LOS SANTOS

Ap 7,2-14 + 1 Jn 3,1-3 + Mt 5,1-12



En esta fiesta vamos a recordar a todos los Santos y mañana, día dos, a todos los fieles Difuntos. Los cementerios de los pueblos y las ciudades se poblarán de personas y de flores; nuestras oraciones y nuestras celebraciones serán por nuestros antepasados difuntos; por todas las personas que nos han precedido y han empujado la historia hasta el momento actual.

Pero no todos los difuntos tienen el mismo significado en nuestra vida. Unos, nuestros padres, nos han dado la vida; otros fueron significativos en algún momento de la misma, y muchos otros, generalmente desconocidos, son los que hicieron posible que ahora disfrutemos todos los aspectos de la vida que ellos trabajaron.

Al recordar hoy la vida de los que llamamos Santos, nos damos cuenta que son personas abiertas siempre al futuro del amor de Dios que se regata en el presente, que va llenando los espacios que genera la opción por vivir la pobreza personal y que va constituyendo esa multitud de los que *“han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre Cordero”*.

Ellos nos ayudan a plantearnos la vida que llevamos actualmente y el sentido de la misma, pues también la nuestra, aunque está limitada en el tiempo por el hecho de la muerte y del pecado, está salvada por la muerte y la resurrección de Jesús.

Los santos, personas con futuro.

La experiencia de ser hijos de Dios, de la que Juan habla en la primera de sus cartas, es una invitación a vivir en una escucha atenta y continuada de lo que Él nos llama a ser. Ésa es nuestra vocación fundamental.

La llamada permanente que el Padre hace a todos sus hijos y a todas sus hijas es para que abandonemos la antigua condición de esclavitud y salgamos a vivir en la libertad de los hijos de Dios, sin estar sometidos al mero cumplimiento de leyes y normas impuestas por los poderosos para mantener sus situaciones de privilegio.

Además la ley y las normas, cuando no están al servicio de todas las personas humanas, lo que hacen es dividirnos y dosificarnos en cumplidores y no cumplidores, en infractores del orden establecido aunque éste sea injusto y marginador, como lo es el actual con respecto a muchos millones de seres humanos.

La tensión que esta llamada provoca en la persona creyente supone no vivir instalados ni acomodados en el tiempo presente; pues, mientras vamos de camino por esta tierra, nunca llegamos a conseguir la condición humana que estamos invitados a alcanzar por mera gracia de Dios. Esto supone una atenta escucha de las señales que Él nos va proponiendo en el transcurso de la historia.

Los santos, testigos en el presente.

Esta llamada de Dios es la que han recogido los santos de todos los tiempos y, por eso, ellos se convierten para todos en testigos cualificados de cómo vivir en nuestro tiempo el descubrimiento del Reinado de Dios.

También ellos y ellas escucharon y repitieron las Bienaventuranzas que acabamos de proclamar en esta celebración. Enseguida comprendieron que algo que aparece, en el evangelio de Mateo, al comienzo de la vida pública de Jesús no estaba pensado para la “*otra vida*”, para después de la muerte. Bienaventurados son los que optan por seguir el proyecto de vida nueva que nos propone Jesús.

El Padre Dios quiere que sus hijos y sus hijas sean felices ya en esta vida, les ofrece esa posibilidad desde el momento que se encuentran con Él. Sólo hay que ser capaz de elegir el camino de Jesús: el desprendernos de las ataduras que nos impiden vivir ya como salvados, aunque todavía no lo podamos manifestar en plenitud.

Mantener esta opción con fidelidad y con perseverancia, en medio de las dificultades y resistencias que vamos encontrando, suele resultar lo más costoso de conseguir. Sobre todo, si en ese empeño ponemos sólo nuestra buena voluntad y nuestro esfuerzo humano.

Es necesario contar permanentemente con la ayuda del Espíritu de Jesús, que nos ayuda y fortalece; y trabajar, con otras personas y colectivos organizados, por la paz, por la justicia y por todos los derechos humanos; siendo misericordiosos (un corazón que siente la miseria humana) y compasivos con los que sufren y lloran amargamente a causa de las situaciones injustas que padecen.

Los santos, singularidad y pluralismo en los tiempos pasados.

A lo largo de la historia de la Iglesia podemos encontrar diferentes propuestas y experiencias concretas a la hora de vivir el seguimiento de Jesús por el camino de las Bienaventuranzas.

El Espíritu sopla donde y cuando quiere; también lo hace con quien quiere, o más bien, con quien se deja mover por Él en la dirección que la Iglesia de cada época necesita. En el transcurso de su historia podemos comprobar que, siempre que la institución se ha instalado o acomodado en su interior, han surgido hombres o mujeres carismáticos que han impelido a sus jerarquías a salir fuera de sus seguridades y extender el mensaje de Jesús, en formas de vida concretas que sirvieran a los más necesitados.

Cada uno de estos hombres o mujeres lo ha realizado desde su propia singularidad, con sus carismas y con sus posibilidades; animando a otras y a otros a acompañarles. Y además, con el mismo objetivo de hacer presente el Reinado de Dios, podemos afirmar que los caminos han sido plurales y respetuosos los unos con los otros.

Eso sí, siempre han procurado mantenerse en comunión con la Iglesia que comparte el cuerpo y la sangre de Jesús, el Cordero entregado y sacrificado, el único capaz de quitar el pecado que separa, que desune y que instala en el poder, en la violencia y en la insolidaridad.